

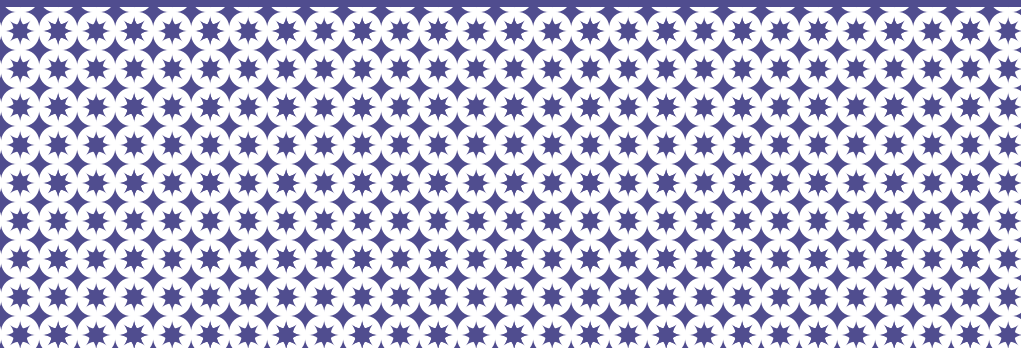
COLECCIÓN ENSAYOS

La utopía oculta

Charles Fourier

y los orígenes de la cultura del deseo

Fernando Díez Rodríguez



Fernando Díez Rodríguez

LA UTOPIÍA OCULTA
Charles Fourier y los orígenes
de la cultura del deseo

Marcial Pons Historia

ÍNDICE

1. UTOPISMO, 13

El tiempo de las utopías dinámicas, 13
Las utopías dinámicas y el socialismo, 20
Fourier rescatado, 32

2. LA IMAGINACIÓN DEL DESEO, 43

Deseo y civilización, 43
Las pasiones y su armonización societaria, 49
Comida, sexo, amor y trabajo, 62

3. LA UTOPIA LOCALIZADA, 93

Fourier y la Ilustración liberal, 97
Fourier y Rousseau, 112
Tahití, Sade y Restif, 122

4. LA SOMBRA ALARGADA DE LA UTOPIA, 135

Fourier domesticado, 137
Una difícil convivencia, 150
Transparencia y opacidad. Armonía y resentimiento, 163
Guerra de utopías fin de siglo, 185
Fourier y el naturalismo benevolente de Émile Zola, 204
Vuelve el socialismo utópico, 215

ÍNDICE

5. RESONANCIAS, 225

Hedonismo emancipador, 226

El nuevo espíritu del capitalismo, 233

En el subsuelo de la utopía, 245

EPÍLOGO, 261

BIBLIOGRAFÍA, 265

1

UTOPISMO

EL TIEMPO DE LAS UTOPIÁS DINÁMICAS

Charles Fourier es uno de los más grandes utopistas de todos los tiempos. Dedicó la mayor parte de su vida a crear una utopía y nos dejó una ingente obra en la que se elaboran, con insistencia, reiteración y detallismo, los más diversos aspectos de esta. Ejerció una dilatada influencia sobre el pensamiento posterior y se ganó, a pulso y por méritos propios, un lugar indiscutible entre los más destacados creadores del género. Y, sin embargo, Fourier no se consideró a sí mismo como utopista, y no le hubiera gustado verse reducido a la condición de tal.

A finales del siglo XVIII y, sobre todo, a principios del siglo XIX se diseñó una serie de sociedades imaginadas que presentaban la característica común de ser concebidas no como sociedades *en ninguna parte*, sino como alternativas *futuras*, ideaciones de nuevos mundos que deberían plasmarse en un porvenir previsible. Una característica destacable de las mismas es la voluntad de *acción*, lo que hará que den paso a movimientos sociales que, bajo la enseña de su creador, busquen hacer realidad sus ideas. Estas sociedades imaginadas son ambiguamente utópicas sin quererlo y es, de hecho, la voluntad de acción lo que las hace

singulares y las separa de todas las utopías anteriores¹. La especificidad de este nuevo tipo de pensamiento, el de Fourier y otros contemporáneos, se comprende mejor si lo situamos en un ordenamiento del género al que pertenece, un género que cobra toda su relevancia en el panorama europeo a partir de la aparición, en 1516, de su texto fundacional, *Utopía*, de Tomás Moro. Se pueden distinguir dos amplios períodos en el pensamiento utópico occidental²: el primero es el de las «utopías de la felicidad tranquila» y el segundo, el de las «utopías dinámicas»³. No se pretende integrar la ingente producción utópica de manera completa, y forzada, en estas dos categorías, cosa imposible, sino resaltar un rasgo relevante en cada uno de estos períodos que ayuda a subrayar el tono general dominante.

Las «utopías de la felicidad tranquila» son típicas del período que se abre con la obra de Moro y se extiende hasta el arranque de la Revolución Francesa en 1789. Es bastante común que los textos de esta época utilicen la imagen literaria de la isla o del viaje a «otros lugares» para armar el discurso utópico. Se trata de espacios ideales, puramente imaginarios, en los que se representa la superación definitiva de la infelicidad humana mediante toda una panoplia de reordenamientos sociales que eliminan por completo la agresividad y el conflicto. Leyes e instituciones,

¹ Las grandes utopías a las que nos referimos crean grupos de activos militantes que buscan hacerlas efectivas de una manera más o menos parcial o total. Movimientos sociales que creen ver en las doctrinas de los utopistas elementos relevantes para la crítica radical de las sociedades contemporáneas y para el diseño y la puesta en práctica de diferentes programas para la transformación definitiva de las mismas. Saint-Simon dará paso a la secta de los sansimonianos, Fourier a los colectivos fourieristas, Cabet al movimiento comunista de los cabetianos o icarios y Owen a los grupos de trabajadores owenitas.

² Para estas diferenciaciones, Frank E. MANUEL y Fritzie P. MANUEL (1981) y Manuel, Frank E. (1982).

³ En la nómina de las «utopías dinámicas» de las primeras décadas del Ochocientos hay que destacar las de Charles Fourier, Henri Saint-Simon, Robert Owen, Étienne Cabet y Wilhelm Weitling.

hábitos y costumbres, pasan a armonizarse con una naturaleza humana caracterizada por tendencias benevolentes y fraternales. No es nada infrecuente que la sociedad utópica aparezca con los rasgos de una especie de comunismo, o comunalismo, como requisito destacado para la abolición de la infelicidad, la disensión y la injusticia. Durante un largo tiempo, hasta finales del primer tercio de siglo XVIII, el estado comunal de estas utopías tiene un fundamento en los sentimientos cristianos de fraternidad, igualdad y comunión de bienes, suspicaz con la propiedad privada y la acumulación de riqueza mediante métodos tildados de usurarios. La característica dominante es siempre la tranquilidad del estado social alcanzado, condición definitiva de la buena sociedad: ecuanimidad, calma e invariabilidad. No hay aquí impulsos imperiosos, pasiones vivas, anhelos personales de mejora o deseos de satisfacciones ilimitadas, sino un orden sereno, armonioso y permanente. Cuando el principio cristiano que alienta en estas utopías se desgaste y desaparezca, lo que ocurre avanzado el siglo XVIII, pueden variar elementos importantes de comportamiento en la sociedad imaginada, pero permaneciendo invariable la condición de una felicidad definitiva y, sobre todo, tranquila. Un caso relevante afecta a los hábitos sexuales y a la misma institución del matrimonio y la familia que, en algunas de las utopías de mediados del siglo XVIII, vienen a conculcar completamente los principios cristianos; sin embargo, esto no hará que se conmueva su condición básica. Las nuevas costumbres e instituciones se entienden concordantes con el ideal de estabilidad y orden propio de una naturaleza humana imaginada en su condición inocente y prístina. Una estabilidad basada en la regulación no cristiana del orden social que restaura la bondad natural de los humanos en toda su pureza, desaparecida la coacción, la dominación y la tergiversación que corrompen el estado de naturaleza.

La Revolución Francesa alterará los fundamentos sobre los que se levantaban las utopías de la felicidad tranquila. Aparecen, ahora, fenómenos nuevos o, al menos, con un nuevo perfil di-

ferenciado de lo que encontrábamos con anterioridad. La idea de progreso se impone y se articula en una elaboración novedosa que la presenta como inevitable e indefinida y, lo que es importante, abierta a su realización en un futuro revestido con los fulgores de lo utópico. Ya no es tan solo la racionalización del curso de la *historia* mediante una serie de etapas evolutivas de progreso que certifican la bondad del tiempo presente, culminación del desarrollo de imperfectos tiempos pasados; una idea con importante presencia en la segunda mitad del Setecientos. Es, además, la firme creencia de que el progreso no está acabado y se abre una posibilidad cierta de un *futuro* mucho más perfecto que nos espera en el provenir. La plasmación canónica de este nuevo optimismo progresista es obra de Condorcet. Le proporciona una formulación de referencia justo en el período más trágico del proceso revolucionario, en el mismo momento en el que la deriva más cruenta y cruel de la Revolución terminará con su propia vida. En su obra fundacional, *El bosquejo (L'Esquisse)*, aparece la primera formulación del nuevo tipo de utopías dinámicas características del siglo XIX⁴.

El mundo perfecto de las utopías tranquilas es profundamente alterado, tanto por la misma idea de progreso como realidad móvil e indefinida, como por el desarrollo de una nueva sensibilidad en la que se combinan el culto romántico a la personalidad con la idea de autoexpresión y de individuación, esto último muy acusado en alguna de las principales utopías francesas del momento. Son elementos del todo ajenos al universo mental de las utopías anteriores. Dice algo importante de las mismas que

⁴ En 1795, apareció, póstumamente, *El Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, de Condorcet. El autor ordena las etapas del progreso de la humanidad en diez épocas. La última, la décima, «traza, con cierta verosimilitud, el cuadro de los futuros destinos de la especie humana». Este capítulo del *Bosquejo* es lo más próximo que podemos encontrar, a finales del siglo XVIII, a las nuevas utopías dinámicas que florecerán en la primera mitad del siglo XIX.

se decanten por la *eucronía* (el mejor *tiempo* posible, siempre el futuro) más que por la *eutopía* (el mejor *lugar* posible para la vida). El *futurismo* es una característica muy relevante, pues creará un imaginario en el que la felicidad, la justicia, el orden, la solidaridad y las formas más atractivas de la vida podrán ser imaginadas como realidades alcanzables. El futuro es, ahora, el tiempo de la utopía, y el tiempo cobra, de su ilusionada mano, una intensa relevancia que antes no tenía. Por otra parte, en materia de espacio, las nuevas utopías abandonan el limitado no-lugar (*ou-topos*) ideal, por lo general una isla afortunada o bienaventurada, para pasar a proyectarse sobre un espacio que se identifica con la totalidad del mundo. Las utopías dinámicas son *universales*. Por último, hay que destacar que, durante el primer período de creación de estas utopías, una mayoría de ellas abandona por completo el recurso de la *fábula* para adoptar la forma del *sistema*: un nuevo sistema social. Aun en el caso de que se mezclen recursos fabulosos, el sentido último de la creación utópica es presentar un sistema completo y alternativo, más aún, un sistema definitivo que asegure la completa felicidad del género humano a perpetuidad.

El dinamismo que caracteriza a las nuevas utopías abomina completamente cualquier riesgo de derivar en algún tipo de desorden impremeditado como consecuencia del cambio. En este sentido, las utopías que se sustancian en sistemas sociales en las primeras décadas del Ochocientos marcan una ruta por la que transitará una buena parte del pensamiento contestatario y alternativo del siglo. La apertura a un nuevo mundo es un proceso controlado y ordenado, pues solo así puede asegurarse el cumplimiento de la flecha del progreso. Este cumplimiento viene asegurado por el sistema que la utopía elabora y promueve, que se entiende a sí mismo no solo como completo, sino como perfecto. El utopista de la nueva generación se ve investido con la presciencia clarividente, podríamos decir deslumbrante, del profeta y del demiurgo. Promulga la utopía y siembra la semilla del cambio con el convencimiento de ser escuchado y seguido

por la bondad irrevocable del programa salvífico que ofrece a la humanidad.

Si hay entre estos utopistas un rechazo visceral del cambio *revolucionario*, tenemos que entenderlo como la huella negativa que la Revolución de 1789 dejó en su inteligencia y sus vidas. Destrucción violenta de un mundo e incapacidad de construcción de lo nuevo, en gran medida por el propio decurso violento y sin control del proceso de cambio y sus efectos imprevistos e indeseados. También por las perturbaciones propias de unas propuestas revolucionarias desordenadas y contradictorias, carentes de la necesaria dirección única y coherente que garantizara la creación de un nuevo mundo armonioso, pacífico y justo. Sortear por completo la amenaza de que la crítica radical y la superación de lo existente degeneren en una situación caracterizada por la destrucción y el desorden y, por lo tanto, por la pérdida de la posibilidad de alcanzar el objetivo establecido. Las utopías dinámicas confiarán el cambio a la experimentación limitada y controlada de su programa y a la difusión, más que previsible, del experimento original en virtud de lo que este evidencia y promete. Experimentación, elección y convencimiento son pasos fundamentales de plasmación de la utopía. Los que sortean la necesidad de algún tipo de revolución, los que conjuran el pésimo recuerdo de la que les tocó vivir. En estas condiciones, solo la idealización más desbocada de lo que la utopía promete puede dinamizar, en el grado requerido, los dispositivos necesarios para su realización. Cuando el recurso a la experimentación, la elección y el convencimiento pierdan toda su prestancia en el siglo, se volverá a la revolución. Se hará, ahora, mediante la creación de una nueva idea de esta en la que destaca el completo control del proceso revolucionario de cambio en virtud de un ambicioso despliegue doctrinal de verdades objetivas que garantizarán que esto sea así. Quedará como un rescoldo permanente de la utopía la promesa de la fundación de una nueva realidad armoniosa, justa y feliz. Desplegará esta todo el encantamiento posible para dotar al proceso de cambio de un destino unitario,

coherente y atractivo. Se habrán ganado dos cosas: el cambio controlado con un fin previsto, ahora garantizado por un conocimiento «científico» de su dinámica revolucionaria, y la posibilidad de mantener una imagen ideal de la realidad a la que este cambio conduce, lo que resultará un complemento importante para la movilización de aquellos colectivos que deberán implicarse en esta ambiciosa y exigente empresa.

En el pensamiento utópico de la primera mitad del Ocho-cientos, no es raro la presentación de las sociedades ideales como sociedades orgánicas, jerárquicas y desiguales. En ello puede influir la tendencia a revestirse de una creencia biologicista y fisiologicista, ciertamente peculiar. Las diferencias y desigualdades entre los hombres se subrayan y su erradicación se asume no solo como imposible, sino como indeseable. Por aquí, la parte del pensamiento utópico que más sensible es a este presupuesto encuentra un elemento específico de dinamismo, lo que lo separa, todavía más, del ideal de tranquilidad propio de las utopías antiguas. Los dos utopistas que más ahondaron en esta característica fueron los franceses Saint-Simon y Fourier. Para el primero el igualitarismo era *égalité turque*, con lo que quería señalar que era la condición de sociedades tradicionalistas, reaccionarias y sumidas en un sopor secular. En ellas, la idea igualitarista era el principal factor de su atraso, de su anti-modernidad, de su falta de innovación y activismo creativo, de la carencia de un buen despliegue de las capacidades diferenciadas y de la fuerza motivadora capaz de superar una indolencia histórica destructiva. Su concepto positivo de la desigualdad se ordenaba mediante una concepción organicista del todo social, trabado por un alto concepto de la solidaridad: solidaridad orgánica. El orden superior es siempre el orden más diferenciado y, por esto mismo, más dinámico y creativo. Para Fourier, como tendremos ocasión de ver en detalle, el igualitarismo es lo más opuesto posible a la condición pasional de los humanos, el principio disparatado que imposibilita de raíz su ideal utópico, todo él construido sobre el dinamismo psicológico extremado que se

moviliza en un grado supremo mediante la potenciación de las desigualdades y diferencias que son propias de la naturaleza pasional de los humanos.

LAS UTOPIÁS DINÁMICAS Y EL SOCIALISMO

Las utopías dinámicas tuvieron su tiempo de floración en la primera mitad del siglo XIX. La mayoría de ellas se incardinó pronto con los movimientos socialistas que surgieron en este período y funcionaron como creaciones doctrinales que aportaron al nuevo movimiento su ideario cargado de futuro. En este proceso sufren importantes modificaciones y adaptaciones, pero manteniendo siempre el referente prestigioso de su creador y elementos esenciales de sus propuestas. La historia del pensamiento utópico, a partir de la segunda mitad del Ochocientos, será, sin embargo, problemática y estará sometida a importantes cambios. Pervive el ansia de utopía en buena parte del movimiento socialista, pero comienza a desarrollarse, a la vez, un decidido intento de abolición de esta precisamente en la corriente llamada a ocupar un lugar dominante a finales del siglo. En cualquier caso, la imaginación utópica mantendrá hasta finales del siglo XIX una parte de su vigor en los medios socialistas, aunque de manera relativamente marginal. Si tuviéramos que marcar el punto de desaparición de las utopías socialistas tendríamos que esperar a principios del siglo XX.

El proceso para la abolición de la utopía se inicia en la década de 1840 de manos de los fundadores del marxismo. Un socialismo, que asume una estrecha relación con las utopías dinámicas y se considera el heredero legítimo de estas, se presenta a sí mismo como el sepulturero de las mismas al volverlas por completo prescindibles. Esta manera de proceder introducirá una importante cesura en el devenir del pensamiento utópico. No se puede sostener, porque no es cierto, que el intento de abolición del pensamiento utópico acabase de manera inmediata con la

utopía, pero sí puede afirmarse que la contundencia y el prestigio posterior de la operación rebajaron, en ámbitos relevantes, la consideración del pensamiento utópico y contribuyeron a situarlo en una posición intelectual debilitada y aun tendente a la marginalidad.

Las utopías dinámicas presentaban características que obraron en contra de estas cuando un nuevo pensamiento vino a competir con ellas en un asunto básico: la crítica de las realidades económicas y sociales existentes y la apertura a nuevos mundos en los que los aspectos negativos del presente encontrasen una solución definitiva. La aspiración de las utopías dinámicas a presentarse como *sistemas* efectivos y la consecuencia de haber dado lugar a movimientos que, inspirados en la utopía, buscaban hacerla realidad en todo o en parte no hicieron sino potenciar la reacción contra las mismas por aquellos que denunciaban, precisamente, su entidad utópica como el factor decisivo para su descalificación. Las utopías sistémicas y sus movimientos representaban una fuerza desencaminada y desperdiciada en virtud de los elementos puramente fantasiosos en los que se sustentaban. Podían abrigar ideas interesantes, pero erraban el diagnóstico, el procedimiento y el golpe definitivo.

Las utopías secularizadas creadoras de sistemas, alejadas de imaginarios religiosos específicos, crearon un suelo propicio para la germinación de la tradición socialista occidental en las primeras décadas del siglo XIX. Los primeros movimientos sociales de la época se inspiraron, en todo o en parte, en las propuestas de los utopistas para crear organizaciones que pueden ser consideradas ya como socialistas. Esto supuso convertir en un asunto central la cuestión de la desigualdad económica y social, y denunciar al capitalismo como la forma de organización económica que creaba necesariamente esta desigualdad y los efectos negativos de todo tipo que la acompañaban. En la nueva idea de desigualdad, esta se considera como un fenómeno de *clases*. Los capitalistas aparecen como la clase minoritaria que domina y explota a la clase trabajadora asalariada, sometiéndola

a una condición de empobrecimiento y férrea subordinación laboral y social. El nuevo socialismo surge con la aguda conciencia de la injusticia de una situación impuesta, pues considera que la clase trabajadora tiene todo lo que hay que tener para transformarla de raíz y eliminar la injusticia en la que se asienta. Los medios de producción tienen que ser socializados y pasar a manos de los trabajadores, que instaurarán una propiedad colectiva de los mismos, tomarán las riendas del proceso productivo y crearán unas asociaciones cooperativas que eliminarán la condición estrictamente asalariada y subordinada de la clase, y le darán el pleno control de la producción y la participación colectiva en la riqueza producida. La clase trabajadora, con una condición socioeconómica objetiva de tipo artesanal, completada con la mentalidad y cultura que esto lleva aparejado, se vale por sí misma, tanto por sus saberes y cualificaciones como productores como por su honesta y esforzada condición moral, para organizar el conjunto de la economía nacional mediante un sistema autogestionario en el que triunfa el principio de fraternidad. En este socialismo, el capitalista es una figura inútil que se apropia de forma injusta de un beneficio mediante la coacción, la dominación y el desprecio, todo ello en perjuicio de aquella clase que tiene todas las capacidades para ocupar completamente el espacio productivo, y que terminará por arrojarlo como un deshecho al basurero de la historia.

La crítica a este primer socialismo, repleto de elementos de las utopías dinámicas, vendrá de aquellos que consideraron, a partir de mediados del siglo XIX, que ni las sugerencias de estas utopías ni el movimiento que propiciaron garantizaban la superación del capitalismo y la construcción de una sociedad alternativa. Se criticará la incapacidad de este socialismo para analizar y desvelar los arcanos de la explotación capitalista y para concebir, de manera realista, la abolición del capitalismo y la implantación del socialismo, así como para esbozar, con algún rigor, los rasgos alentadores y esperanzadores de la sociedad socialista que se podía esperar al final de tan trabajoso cambio.

[...]